

OPINIONES Y ENSAYOS

El anfiteatro de la Facultad de Medicina. Una visita guiada

Carlos Arturo Florido Caicedo

**Profesor Titular - Director del Departamento de Morfología - Facultad de Medicina -
Universidad Nacional de Colombia**
cafloridoc@unal.edu.co

PRESENTACIÓN

El escrito que a continuación se publica, forma parte de una serie de reflexiones del autor acerca de la historia de la Facultad de Medicina y del Departamento de Morfología. Una primera versión fue publicada con el mismo nombre, en el número 15 de la Revista Contestarte de los estudiantes de la Facultad de Ciencias Humanas, con cuya autorización lo presentamos en este número de **MORFOLIA**.

EL EDITOR

EL ANFITEATRO DE LA FACULTAD DE MEDICINA. UNA VISITA GUIADA

A través de la historia de la humanidad todo lo relacionado con la anatomía y su estudio en cadáveres ha estado rodeado de mitos y especulaciones; desde el tráfico de cadáveres en el medioevo y en la época victoriana hasta las macabras historias de una universidad de Barranquilla en donde se cuenta que pagaban a sicarios para que mataran indigentes y llevaran sus cuerpos al anfiteatro. Ésta no es una de esas extraordinarias historias. Es solo la visión personal de un profesor de anatomía que ha vivido prácticamente la mitad de su vida relacionándose con esos seres humanos que todos los días nos enseñan y que son los verdaderos docentes; una visita guiada por una parte de la historia del anfiteatro de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia.

La primera vez que vi un cadáver –que yo recuerde- fue cuando tenía unos diez años cuando, a instancias de mi padre que teniendo en cuenta que me gustaba la medicina y que en muchas ocasiones me había oído decir que quería ser médico, había arreglado que asistiera a la práctica de una necropsia médico-legal en la morgue del cementerio de Duitama. La sensación no la recuerdo muy bien. Creo que lo que me llamó la atención de aquella sesión a la que mi padre me llevó para ver si “tenía tripas” para ser médico, fueron precisamente las tripas del paciente. Me parecieron infinitas, pero nada más. Ni siquiera su olor; aunque recuerdo un cierto olor a carnicería, a fama. Años más tarde, cuando me presentaba a la carrera de medicina en varias de las universidades del país, una vez terminado mi examen de admisión en la Universidad Industrial de Santander (la UIS) en Bucaramanga, no sé por qué razón terminamos un muchacho de apellido Blanco –también

de Duitama- y yo visitando el anfiteatro de la UIS. En esa ocasión la impresión fue mucho más fuerte. Por una parte, fue la primera vez que estuve en contacto real con el picante olor del formaldehído mezclado con el de los organismos muertos; y por otra, que quien va a Santander y no come cabrito y carne oreada, no está en nada; y fue esa similitud de aspecto entre la carne oreada y los músculos de los cadáveres la que me impresionó tanto. En ese momento no me imaginé que algún día, una decena y media de años después, esa presencia sería mi compañera de trabajo de todos los días.

Cuando tuve que enfrentarme por primera vez, de verdad con un cadáver, ya siendo estudiante de medicina, me desmayé, perdí el sentido.

Estoy hablando de los cadáveres; no de la muerte. Creo que los anatomistas manejamos conceptos diferentes. El de muerte, implica algo más profundo y personal. Tal vez la primera idea que tengo de la muerte es la de mi abuela materna. Cuando la señora María Méndez murió, yo apenas la había visto un par de veces y tenía unos cuatro o cinco años y desde entonces la muerte para mí significa algo así como la desaparición personal, afectiva. Alguien que estaba, ya no está ni va a estar jamás. Y también ocurrió cuando un carro mató a una vecina, la hija del carpintero que vivía a media cuadra de mi casa y había salido temprano a comprar el pan del desayuno. Y más, mucho más intensa cuando murió mi hermano a los once años, yo tenía nueve, y luego con otra importante cantidad de amigos y seres queridos, tíos, primos, mi suegra, mi madre... Pero la muerte es otra cosa.

Para nosotros los anatomistas muerte y cadáver son cosas paradójicamente diferentes. Cuando estamos frente a un cadáver, estamos frente a un libro abierto que nos enseña cosas. Un cadáver es como una fotografía. Un cadáver no es la muerte, es la vida detenida en un instante y para siempre. Estudiar anatomía es como ver una foto; estudiar medicina es como ver la película completa, con sus tres actos: un planteamiento, un clímax y un desenlace con uno o varios falsos finales, pero con una terminación real que siempre es la misma.

En la morgue del Hospital San Juan de Dios había un letrado que decía: “Este es el lugar en el que los muertos enseñan a los vivos”; tal vez, en algún momento, un profesor, cuando éramos estudiantes de patología, nos dijo quién había sido el autor de la sentencia o a quién se la habían copiado más o menos textualmente. Pero original o no, encerraba una gran verdad: ese cadáver-fotografía está allí en silencio, enseñándonos todo lo que tiene. Es el primer contacto que el estudiante de medicina tiene, profesionalmente hablando, con un ser humano. Es su primer paciente, es su primer contacto con la muerte; pero también con su compromiso por la vida.

En una época, que ahora parece lejana, ese primer contacto era diferente: cuando un estudiante entraba a la Facultad de Medicina, o mejor, a la cátedra de anatomía, lo primero

que ocurría era que le entregaban una carta dirigida al administrador del Cementerio Central para que allí le entregaran un esqueleto. Entonces comenzaba una ceremonia, que más bien debería llamarse liturgia, francamente macabra. El estudiante iba al cementerio para que de la fosa común un empleado sacara la osamenta de algún difunto de los denominados *NN*, o cuyos restos no habían sido reclamados después de terminar el contrato de arrendamiento de la bóveda respectiva; se lo empacaban en un costal y se lo llevaba a la casa o a otro lugar más adecuado para lo que seguía que era limpiar los huesos de sus restos blandos. Esto se hacía cocinándolo en agua con cal para aflojar los restos y blanquear los huesos. Luego de esto, el oficiante podía considerarse “bautizado” como estudiante de medicina.

* * * *

La llegada al anfiteatro de la Universidad Nacional es una experiencia inolvidable. Cuando entré por primera vez la sensación fue única. Una puerta grande de madera pintada de color gris, de dos hojas, una siempre cerrada, que se abría al vestíbulo de los laboratorios de histología, al lado de la entrada alterna al auditorio 121, detrás de la cual aparecía un gran corredor central de unos cuatro metros de ancho por unos veinticinco de largo, que comenzando allí, terminaba en otra gran puerta, también de color gris, ésta corrediza, que prácticamente nunca se abría. A lado y lado del corredor central, un par de hileras de casilleros verdes que iban de punta a punta y que sólo eran interrumpidas por tres espacios a cada lado, que marcaban las puertas de entrada a los seis cubículos de disección. También de madera, también grises, eran puertas de vaivén e incompletas por encima y por debajo como las de los bares de las películas del oeste norteamericano, en cuyos marcos estaban dispuestos tajalápices mecánicos, de los que tenían por un lado unos agujeros de diferente diámetro para meter el lápiz y por el otro, una pequeña manivela que ponía a funcionar el mecanismo al darle vueltas (y que siempre se comían excéntricamente el lápiz). Al abrir las puertas se encontraba uno en el “*sancta sanctorum*” de la anatomía: los recintos que, como el resto del anfiteatro alcanzaban unos cinco o seis metros y en su parte más alta estaban rematados por vidrios traslúcidos pero como martillados para tener una buena iluminación, alternados con uno que otro ventilador que se encendía cuando el olor era muy fuerte, tenían en una de sus paredes un tablero de madera verde con su cajita para guardar las tizas y el borrador; en la otra, la puerta; y en las otras dos, lavamanos quirúrgicos (de los que se accionan con la pierna). Las paredes estaban enchapadas parcialmente por unas baldosas de unos 50 por 50 cm, de porcelana amarilla que fueron especialmente fabricadas en Italia y traídas para la construcción de los anfiteatros por allá en los años 30 o 40 del siglo pasado. En esa época se construyeron dos anfiteatros cada uno con su respectivo auditorio para las clases. En el interior de cada cubículo, simétricamente distribuidas había nueve mesas de acero inoxidable en las que había cadáveres en seis de ellas y huesos en las otras tres.

Las prácticas de anatomía consistían básicamente en la disección de cadáveres. Para esto utilizábamos unas guías de disección, escritas por los profesores de la asignatura en las que se nos daban instrucciones acerca de cómo hacer las disecciones de las diferentes regiones del cuerpo humano, mediante técnicas que permitían exponer la mayor parte de las estructuras anatómicas con el menor daño posible. Estas disecciones las hacíamos por grupos en la mitad del cadáver que nos habían asignado.

Las evaluaciones prácticas consistían en la calificación de la disección y en un examen práctico sobre los especímenes disecados, el cual era, claro, individual y constaba de varias preguntas que se debían responder en un máximo de tiempo de un minuto cada una, al cabo del cual un timbre indicaba que se debía pasar al siguiente puesto, para contestar la próxima pregunta. Al final de la prueba salíamos al ancho corredor y lo recorríamos hacia atrás hasta la puerta corrediza que sólo era abierta para nosotros en esa ocasión. Se llegaba entonces, a un espacio amplio que era la zona de preparación y depósito de cadáveres. Luego de un breve, brevísimo recorrido por esa estancia, salíamos de la zona del anfiteatro. Durante ese pequeño recorrido era poco lo que podía verse: entrando a mano derecha, el corredor que lo sacaba a uno del área; entrando a mano izquierda, un corredor al fondo del cual, unas puertas misteriosas; al frente, la gran puerta metálica, enrollable, que cerraba la entrada por la que entraba y salía la camioneta del anfiteatro, una Ford o Chevrolet modelo cincuenta y pico, al lado de la cual se veían unos artefactos de acero inoxidable, las neveras, presuntamente llenas de cadáveres; las paredes, en general estaban enchapadas hasta una altura media con baldosas de color blanco y en varias de ellas, unas pocetas que más que eso, parecían orinales comunales, con unas llaves que en ocasiones estaban abiertas dejando caer su chorro en unos baldes cuyo contenido era un misterio; contra la pared de la derecha, unos gabinetes blancos con algunos elementos de instrumental quirúrgico en su interior, cerca de una abertura que parecía la de un horno por el aspecto ahumado de sus bordes y de una puerta por la que se entraba a una oficina. En el centro del recinto había una gran plataforma sobre la que se “arreglaban” los cadáveres. En aquellos tiempos no sólo se embalsamaban los cadáveres que servirían para las prácticas de anatomía, sino que con frecuencia llevaban cadáveres de las funerarias para hacerles lo que ahora se conoce con el nombre de “*tanatopraxia*”, que fundamentalmente consistía en inyectarles una solución de formaldehído para su preservación. Era algo ciertamente tenebroso; en alguna ocasión pensé que si uno quería darle un buen susto a alguien, solo tendría que llevarlo allí. Estaban entonces por terminar los años setenta.

Regresé al anfiteatro casi diez años después como profesor. Las cosas no habían cambiado mucho. Habían quitado las puertas estilo “*saloom*” de los cubículos pero se conservaban sus marcos y los sacapuntas excéntricos, ahora había menos cadáveres en su interior y por fin pude explorar la parte de atrás. Poco a poco se fueron desvelando los misterios y con ellos, parte de la historia del anfiteatro de la Facultad de Medicina. Sobre la gran plataforma central para la preparación de los cadáveres, sólo habría que añadir que estaba

a la altura del piso de la bodega de la camioneta, de tal manera que la tarea de descargar un cadáver fuera más sencilla. Su superficie superior estaba hecha para los fines tanatoprácticos; era de granito, horizontal pero con algunos declives y canales que servían para conducir los líquidos hacia el desagüe. Por debajo y a los lados, había unas pequeñas puerticas que conducían a unos espacios en los que con los años se habían venido almacenando cosas cuya naturaleza, origen y destino eran un misterio. En alguna ocasión nos atrevimos a buscar y encontramos, en placas de vidrio, los negativos de un mosaico de quién sabe cuándo, también algunos ejemplares de libros viejos y de números viejísimo de revistas. Entonces entendí que el anfiteatro de Medicina, además de ser un depósito transitorio de cadáveres, era una suerte de basurero de la facultad. En efecto, lo que creíamos cuando estudiantes que era un horno, sí lo era y en él se incineraban no cadáveres como alcanzamos a pensar, sino papeles de la facultad, actas viejas, exámenes practicados en semestres anteriores y cosas así, y de vez en cuando algunos fragmentos muy pequeños de piel o de algún otro resto que había resultado de las disecciones.

En las famosas neveras que eran varios pisos de gavetas de refrigeración, ahora apagadas, inservibles, con sus respectivas camillas en su interior, había una cantidad importante de cadáveres completos, disecados, a medio disecar o piezas de los mismos que se habían ido acumulando semestre tras semestre, desde que se prohibieron las fosas comunes de los cementerios que era a donde iban a parar los restos que resultaban de nuestro estudio. Muchos de los cadáveres no habían sido tocados después de su embalsamamiento y se habían convertido en momias que a esas alturas no servían para estudiar anatomía.

Entrando a mano izquierda, detrás de las misteriosas puertas estaba lo más interesante y tenebroso: eran un par de puertas grandes pero sobre todo pesadas, probablemente debido a su gran espesor de unos 30 cm, que al abrirlas lo conducían a uno en un viaje por el tiempo, a conocer otra parte de la historia. Eran las puertas de dos cuartos fríos. Uno de ellos estaba casi completamente desmantelado y ocupado por algunos muebles, estantes y vitrinas viejos; en algunos de ellos, piezas como de museo: disecciones de brazos o cuellos a los que se les había pintado de azul las venas, de rojo las arterias y de amarillo los nervios, y se habían conservado durante quién sabe cuántos años. Con esas piezas comenzamos el museo de anatomía. El otro cuarto conservaba sus gruesas y aisladas paredes y en el techo unos rieles que lo recorrían de un lado para el otro a manera de zigzag ocupándolo en toda su extensión en los que estaban montados unos dispositivos que consistían en una rueda con borde acanalado (como las de las poleas) cuyo eje terminaba en una especie de "Y" que de nuevo se abría en otras dos ramas mucho más separadas en cuyos extremos iban montados unos tornillos que terminaban en puntas agudas que estaban destinadas a incrustarse en los cráneos de los cadáveres que permanecían, colgados recibiendo refrigeración. El sólo imaginar el tético frigorífico era para quitar el sueño. Como habían dejado de usarse los métodos hipotérmicos para la conservación de los cuerpos, se estaba planeando la construcción de una gran piscina en la

que se mantuvieran sumergidos en una mezcla parecida a la que se les inyectaba con base en formaldehído.

Los años fueron pasando y con ellos llegaron cambios muy importantes en la legislación, el conocimiento de las propiedades nocivas del formaldehído y en la educación en general. Una nueva Constitución, una nueva Ley de educación, una nueva legislación en salud y en cuestiones laborales fueron cambiándolo todo. Hoy día no puede haber “NN” ni fosas comunes y todos los seres humanos, vivos o muertos, somos sujetos de derechos y el Estado tiene la obligación de garantizarlos y defenderlos. Las facultades de Medicina que antaño en la capital de la república eran sólo tres, se multiplicaron y rápidamente superaron la decena sólo en Bogotá. Por todas estas razones, se ha reducido de manera importante el número de cadáveres para las prácticas y los protocolos para su manejo son mucho más complejos y exigentes. Ahora más que nunca, nuestros cadáveres y sus partes son extremadamente valiosos. Incluso se han abierto líneas de investigación para encontrar y estandarizar procesos de recuperación y restauración de piezas anatómicas y de disecciones con el objeto de conservarlas y utilizarlas durante más tiempo.

El anfiteatro de la Universidad Nacional cambió radicalmente. Ahora los espacios que lo conforman son lo más asépticos posible. Blancos de arriba abajo, sin puertas de madera ni baldosines italianos de porcelana, con tableros de acrílico y nuevas camillas y mesas de acero inoxidable mandadas a hacer siguiendo al detalle los estándares establecidos por los organismos de salud, y un sofisticado y monumental sistema de ventilación y extracción en dos de los seis cubículos que reducen al mínimo los vapores flotantes del formaldehído. En esos dos cubículos y sólo allí, se trabaja con cadáveres o con sus partes, siguiendo el orden de unas muy bien organizadas rotaciones en las que todos los estudiantes pasan por todas las mesas en las que hay cadáveres disecados por los profesores, partes de cadáveres u órganos con los que se estudia siguiendo las tradicionales guías, ahora reformadas pues los estudiantes sólo reconocen estructuras sin hacer disecciones. En los cuatro cubículos restantes se trabaja con “material no contaminado”: huesos, radiografías, computadores con programas de anatomía, presentaciones, videos, monitores, etc., además de una moderna mesa que en realidad es una “tablet” del tamaño de un ser humano adulto con la que los estudiantes pueden estudiar y hacer disecciones virtuales.

La remodelación que dio como resultado todo esto se hizo en varias etapas. En un principio se montó el sistema de ventilación de uno de los cubículos y unos años después, el del otro. La última intervención se hizo de atrás para adelante: en la parte de preparación y depósito de cadáveres la transformación fue total. La famosa plataforma fue tumbada y debajo de ella se encontró lo que se esperaba: basura de todo tipo; pero los hallazgos macabros que alguno podría imaginarse, no llegaron. Sólo se encontraron algunos huesos y un par de fetos en unos frascos de vidrio. Todas las neveras fueron retiradas y vendidas como chatarra; su contenido, junto con una montaña que se había ido

formando con todos los restos que ya no era posible inhumar en fosas comunes pues se habían prohibido por la Ley, fue llevada, en parte, a una fosa comprada por la Universidad en un parque cementerio al sur de Bogotá y el resto incinerado en un horno que hubo de construirse en el campus universitario para tal fin. Ahora los cadáveres se guardan en 17 piscinas de concreto enchapadas interiormente en acero inoxidable y con tapas del mismo material y cierre hermético en un área destinada exclusivamente para eso.

El resto de la zona permanece en un orden perfecto. Las cajas de cartón en las que guardaban huesos fueron reemplazadas por unas plásticas en las que se encuentran organizados por regiones anatómicas cráneos, vertebras y demás elementos óseos. Habitáculos especiales para el almacenamiento de las sustancias químicas, el instrumental y demás herramientas de trabajo, los elementos de aseo, en fin, cada cosa en su lugar. En el centro de estancia, una oficina, un baño con ducha y un vestier para los empleados del anfiteatro. Todo esto, como el resto del anfiteatro, pintado con pintura epóxica blanca del piso al techo, en el cual se ha instalado otro sistema de ventilación similar al de las salas de disección.

Es en ese escenario que ha cambiado tanto, por el que han pasado miles de personas vivas y muertas; profesores, alumnos, técnicos, ayudantes, aseadores, que han transcurrido un poco más de treinta años de mi vida desde que entré la primera vez siendo estudiante.

